

## Intervención de don Félix Herrero

Señor Director de la Real Academia Española  
Señor Presidente de la Fundación pro Real Academia Española  
Señoras y señores académicos  
Señoras y señores

La fértil imaginación y la diestra pluma de D. Arturo-Pérez Reverte captará nuestra atención para sumergirnos en un mundo de aventuras. En mi caso, no puedo pretender más que hablar de palabras; palabras meditadas y escritas en la soledad de la celda, y dichas y representadas en el púlpito. No teman, sin embargo, que vaya a lanzar un sermón; no pasaré de una brevísima plática.

Cuando en 1963, siendo becario del Instituto Cervantes del CSIC en Madrid, comencé a catalogar el fondo de sermones de D. Miguel Herrero García, no pretendía otra cosa que la catalogación de una biblioteca de casi cinco mil sermones sueltos. Mis conocimientos de la Oratoria sagrada se reducían por entonces a las pocas palabras que le dedican los manuales de literatura y el libro de Pfandl sobre las letras españolas del Siglo de Oro.

Ya el primer día de mi enfrentamiento con aquellos amarillentos libritos comencé, por simple curiosidad, a hojear algunas de sus 30 ó 35 páginas. Su lectura fue captando mi atención, y al poco tiempo, mi tarea no se reducía ya a la mera confección de la ficha; leía párrafos y hasta sermones enteros y anotaba mi impresión sobre el contenido, la lengua y el estilo. Esa fue mi tarea en las tardes de aquellos tres largos años que conviví con aquellas débiles criaturas, que, salvadas de la hoguera por arte de milagro, se habían refugiado en la amplia mansión de los herederos de D. Miguel, su viuda, Doña Carmen, y su hijo, D. Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón, a quien tanto debemos los filólogos.

Resultado de aquellas tardes de fichaje y estudio y de la ordenación de mis apuntes salió mi tesis doctoral que defendí en 1967 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. La tesis la publicó el Consejo en 1971. Siguiendo las ponderadas indicaciones de don Rafael Lapesa, continué trabajando sobre este campo tan abandonado como apasionante que es la Oratoria sagrada. Busqué bibliografía para saber cuanto sobre materia, para mí tan novedosa e intrigante, se hubiera publicado desde el siglo XVIII. En realidad, los hallazgos no fueron copiosos, porque, como Miguel Mir escribió en 1903: «La Oratoria sagrada ha sido la cenicienta de nuestra literatura». Y, aún en 1941, Miguel Herrero García seguía afirmando: «La historia de nuestra elocuencia sagrada es el mayor vacío que hay en nuestra literatura».

La búsqueda, si no demasiado fructuosa, no me fue, sin embargo, decepcionante; tuvo la virtualidad de avivar mi nueva vocación: me convirtió en devoto cultivador de este jardín abierto para pocos. Desde ese momento, orienté mi investigación hacia la Oratoria sagrada de los siglos XVI y XVII, con la firme decisión de que, como es lógico, si quería ahondar en el conocimiento de esta cenicienta de la literatura, tendría que ir a beber en las fuentes primarias de los textos. Y las bebí, compaginando la investigación con la docencia, durante más de treinta años, en las Retóricas eclesiásticas —más prácticas y críticas que las profanas—, en las Censuras y Aprobaciones que llevan todos los sermones y sermonarios, en las Dedicatorias y Prólogos que llevan algunos, y en los textos de muchos de los 2.629 sermones sueltos y sermonarios que fui recogiendo.

En 1994, libre ya de la docencia, me entregué con exclusividad a la tarea de ordenar el mucho material que había ido acumulando; pero tropezaba ahora con otro problema: el del escritor en busca de editor. Afortunadamente encontré en la Fundación Universitaria Española, a la que fui de la mano de D. José Ignacio Tellechea Idígoras, la posibilidad de que se editaran desde el año 1996 hasta 2006, en cuidadas ediciones, los cinco voluminosos tomos de mi pequeña historia de *La Oratoria sagrada en los siglos XVI y XVII*.

Son muchas las deudas de gratitud que he contraído con tantas y tantas personas... Quiero destacar la que tengo con D. José Simón Díaz, maestro inolvidable, y la muy reciente con la Real Academia Española, que ha hecho posible este acto, tan emotivo para mí, que marca un hito gratificante en mi vida de investigador. Ha sido un gran honor recibir este premio tan prestigioso; pero, aparte de mi satisfacción personal, experimento una honda gratitud por lo que supone para este ámbito de la literatura que es la Oratoria sagrada. Se salda con ello una deuda respecto a un tipo de obras cuya importancia cosial es manifiesta. Se refería así a ello don Dámaso Alonso cuando escribía: «Tal vez de los hechos sociales en que la literatura tiene intervención, los dos más importantes de aquellos siglos sean el teatro y la oratoria sagrada, fenómenos totalmente sociales y nacionales que entraban en las preocupaciones del español de aquella época con una viveza, con una intensidad, que apenas si hoy podemos imaginar». En efecto, la Oratoria sagrada, en especial la de nuestro doble Siglo de Oro, sea mina inagotable para el investigador no sólo de temas religiosos, sino también de temas políticos y sociales.

Por otro lado, tiene también este tipo de literatura un alto valor literario. Un buen sermón de aquellos dorados siglos —téngase en cuenta que solía durar una hora—, un buen sermón de aquellos dorados siglos —repito— constituía un entramado perfecto, equilibrio de sabiduría y elocuencia, elaborado consciente, laboriosamente, a partir de la tradición medieval, a lo largo del siglo XVI: la exposición del evangelio del día, fraseado, desentrañado y concordado con autoridades de la Escritura, Santos Padres, Doctores, Comentaristas, Teólogos y Filósofos, aclarado y exornado con ejemplos, comparaciones y otros recursos retóricos y aplicado a las circunstancias

concretas, había incorporado la retórica clásica, la dialéctica escolástica y hasta en lo posible, el pensamiento humanista. Un encaje de bolillos tan sutil sólo podían tejerlo aquellos oradores sagrados, herederos de los teólogos medievales, forjadores, como decía Ortega, de aquel «maravilloso escolasticismo que fue la piedra de afilar sobre la cual durante cinco siglos se estuvo afilando el corte del intelecto occidental». Aquellos predicadores, curtidos en la cátedra, en el púlpito y en la soledad reflexiva de las celdas, manejaban las ideas y la lengua como ningún escritor. Las páginas más retoricadas y el vocabulario más preciso y copioso de nuestra literatura de aquella edad dorada están, probablemente, en los textos de algunos sermones.

Comprendan ustedes, señores académicos, señoras y señores, mi emoción en estos momentos en los que, al verme premiado por mis cuarenta años de dedicación a la investigación, se pone de relieve el valor de esa parte de la literatura española constituida por la Oratoria sagrada.

Gracias.